

Aldo Torres

Encuentros literarios

UN PRECURSOR DEL CRIOLLISMO



S el mes de junio en su versión santiaguina de abundantes nieblas grávidas de humedad y de frío. Dos tentativas frustradas contamos en nuestro afán de ver al escritor Rafael Maluenda, actual director de "El Mercurio", fundado en 1900, diario a cuya suerte la suya ha estado unida muchos años. En los azares de nuestra demanda hemos tenido que vérnoslas con un tipo de secretario que cumple demasiado bien su papel de guarda. Tan bien, que no sólo olvida las elementales normas de la cortesía, sino que raramente mira a los ojos cuando alterna con uno. En el segundo de nuestros intentos nos vimos obligados a exigir, no sin cierta energía y con actitud desusada en nosotros, la consideración debida a toda persona y mucho más a un desconocido... "A la tercera es la vencida", afirma la sabiduría popular y efectivamente, sólo entonces, nuestro tercer amago se transforma en realidad. Pero el señor secretario... Justo en el instante en que vamos a transponer la puerta que todavía nos separa de nuestro objetivo, con su rostro trizado, acaso por las piedras del hígado, nos recomienda en voz baja y doliente: "Ojalá que sea breve". Y parece quedarse muy tranquilo.

Ahí está nuestro autor, en su gabinete de timonel de uno de

los más grandes rotativos de Santiago y de Chile. Nos recibe de pie junto al brillante escritorio. Es de estatura baja, de cuerpo grueso y naturalmente sumergido en la sucesiva marea de los años, de blando rostro iluminado apenas por débil esmeralda de adormilado mirar. Amable, aunque con economía de lenguaje, nos invita a sentarnos, mientras él hace lo mismo. Quedamos, pues, frente a frente. Acto seguido consulto la minuta previamente preparada y por su orden auxiliar la conversación se inicia.

Nuestra primera pregunta se refiere a la fecha y lugar de nacimiento, al nombre de sus padres, a sus estudios. Y empieza por contarnos que nació el 18 de marzo de 1886, en la capital y en la famosa Posada del Corregidor, nuestra tan maltratada reliquia arquitectónica. Sorprendidos por este último detalle, inquirimos una explicación y nos la da en seguida.

—Mi abuelo —nos dice—, que era gerente de la compañía de tracción a sangre, arrendaba la Posada, con su gran quinta al fondo, y allí se fué a vivir mi madre cuando yo estaba por venir al mundo. Ese abuelo engendró veintitrés hijos y al nacer los iba bautizando con nombres bíblicos. Siete de ellos murieron en la guerra del 79. Mis padres fueron Aarón Maluenda Araos y Mariana Labarca Toro. Aprendí a leer, a escribir y las cuatro operaciones con mi madre por maestra. Luego me pusieron al Instituto Nacional, donde cursé desde la primera preparatoria hasta el bachillerato. Hice dos años de arquitectura. La carrera era de tres. He vivido siempre en Santiago, salvo un corto período que pasé en Chillán, recién casado.

—Nos interesa conocer las circunstancias relativas a su primera formación literaria, saber cómo y cuándo sintió el llamado inicial de la misión de las letras.

—Mi madre sabía más cuentos que los de las "Mil y una noches" . . . Comencé a leer desde muy niño . . . Creo que mi primera manifestación literaria consistió en un discurso que pronuncié junto a la tumba del naturalista Rodolfo A. Philippi. Yo estaba en el quinto año de humanidades y andaba en los dieciocho. Aquel día ad-

quirí fama repentina entre estudiantes y profesores por este trozo de mi oración fúnebre: "Para los hombres de inteligencia no hay más patria que el mundo". Pero en verdad me lancé con un artículo de crítica al primer libro de Baldomero Lillo, "Sub-terra", el que publiqué en "La Ley", en 1904. Después, no recuerdo la fecha, leí mi primer cuento en el Ateneo, "Ño Peiro".

—¿Cómo se orientó hacia los temas campesinos?

—Enfermo a los diez años de edad, mi madre me envió a casa de una familia campesina para que me repusiera. Allí oí muchas historias y posteriormente, como un eco de aquella temporada, abominé de la literatura francesa y afrancesada de la época, pues en esos días no se admitía que un cuento o una novela pudiera desarrollarse en Chile. Me acompañaban, en esta actitud, Labarca Hubertson, d'Halmar, que entonces se llamaba Augusto Thompson, y Federico Gana. Gana llegó a publicar porque yo lo impulsé a que lo hiciera... Se lo comió el alcohol... ¿Hay algo más chileno, más fino que su cuento "La Señora"?

—En la obra suya se observa claramente la progresión temática.

—Desde el campo me acerqué a la periferia de las ciudades, refugio de la clase media, de los "venidos a menos". De ahí pasé al centro agitado de la urbe, teatro de las almas complicadas por las pasiones y los intereses.

—Recordamos que usted le dió carta de ciudadanía literaria al tema de los bandidos. ¿Qué representaban éstos para usted?

—El bandido es símbolo de raza, de bravura.

—Hay un trabajo suyo al respecto que ha tenido mucha fortuna. Me refiero a su cuento "Perseguido".

—No sé por qué será... Ese cuento está traducido a varios idiomas. Es lo que me reproducen siempre y en todas partes.

—Es que ahí usted dió en el clavo. Ese cuento es como una ráfaga. ¿Hubo autores que influyeran en usted?

—Si algunos influyeron decisivamente en mí, en la tesitura de

mi obra, ellos fueron Bret Harte, con sus "Bocetos californianos", y Maupassant, con la maestría de sus cuentos.

—Ellos le proporcionaron los medios a fin de que usted pudiera estrenarse bien con sus "Escenas campesinas".

—Sí, claro... Le mandé el libro a Rodó, quien me contestó con una larga carta en que me decía: "No se quede usted detenido en este rumbo que le ha producido éxito. Lo único que tiene un horizonte indefinido son las almas. El hombre es su alma en cualquier plano que esté. Renuévase usted, pero no lo haga de una manera brusca". Y así nacieron "Los ciegos" y "Venidos a menos", que se detienen, efectivamente, en la periferia urbana.

—¿Cuál es su criterio respecto de las relaciones entre la literatura y las ideas del ambiente?

—Nunca, jamás he pensado que la literatura se pueda poner al servicio de las ideas sociales, de las tendencias ideológicas. Estimo que la obra literaria debe producir emociones, ensanchar los horizontes del lector, guiar a éste hacia nuevos derroteros mediante la exposición de los conflictos humanos.

—¿A qué generación pertenece usted?

—Pertenezco a esa generación que culminó con nuestro centenario.

—¿Podría darnos las características de dicha generación?

—Aquella generación ha sido precursora de todo lo que hay en nuestra literatura, y en todo orden de cosas y de ideas. En tal sentido habría que considerar a Thompson (d'Halmar), Labarca Hubertson, Federico Gana, Baldomero Lillo. Y a los inspiradores: Valentín Brandau, Alejandro Parra y Luis Ross Mujica, hombres de cultura entera... Todos eran individuos cultísimos; algunos, eruditos... Todos permanecían unidos y no separados por las ideas... No nos separaba la política ni nada. Otros nombres de primer orden son los de Diego Dublé Urrutia, Víctor Domingo Silva, Magallanes Moure, Pezoa Véliz, Antonio Bórquez Solar... La crítica literaria, que no existía, la hacíamos nosotros mismos.

—¿Qué opina del criollismo?

—Por ese derrotero se puede llegar a la interpretación de lo propiamente chileno, de nuestras esencias y particularidades fundamentales. Actualmente se le estudia como folklore, en cambio nosotros huíamos de éste... No la generación de las palabras, sino el modo de pensar y de actuar era lo que nos entregaba la idiosincrasia chilena. El criollismo objetivo, superficial, ya no da para más.

—¿Conoció al grupo de "Los Diez" y qué piensa de él?

—Ese grupo se formó con algunos de los ya nombrados. Habría que agregar a su fundador, Pedro Prado, a Fernando Santiván, Julio Ortiz de Zárate, Juan Francisco González, Alfonso Leng, Alberto Ried... Era un ensueño tan poético y lo cierto es que lo poético no me ha atraído fuera de los versos.

—A propósito de periodismo, hay quienes afirman que éste mata al creador literario.

—Eso no es cierto. ¡Por Dios! Podría darle ejemplos estupendos de escritores que han sido grandes periodistas y de periodistas que han sido grandes escritores... Soy periodista desde hace cuarenta años y he publicado cuentos, novelas... El periodismo influye en el escritor, dándole a su obra un sentido realista. El periodista se pone en contacto con la política y con todos los problemas que agitan a la sociedad. Está en todas partes... El periodismo es vida. Y el estilo se lo marca el tema. Sus relaciones con la literatura no podrían ser sino positivas.

—¿Qué valor le atribuye a la literatura chilena en el panorama hispanoamericano?

—En realidad, todas las literaturas, cuando han llegado a interpretar el espíritu de una raza, sus preocupaciones fundamentales, el modo de afrontar la vida y la muerte de esa raza, producen lo que conocemos por misticismo ruso, tesis amorosa francesa o modo de ser inglés... No hay país en América que aventaje a Chile en sus cuentos y en su poesía. Lo atribuyo más que nada al espíritu de síntesis. Nosotros los chilenos somos más sobrios... Preciosos, magníficos, perfectos son los cuentos de Horacio Quiroga, pero mientras haya minas nadie superará a Baldomero Lillo.

—Nos gustaría conocer su parecer acerca de los “nuevos”.

—Coloane, que por desgracia se malogró antes de tiempo, tenía cosas divinas. Oscar Castro, muerto prematuramente, dejó una obra de primer orden, de lo bueno que hay entre nosotros. En cambio, Nicomedes Guzmán, cómo le diré, se quedó enredado en las “vidas mínimas”; es el hombre de las intimidades modestas... Benjamín Subercaseaux tiene grandes pretensiones porque vivió mucho en Europa... Ahí tiene a Joaquín Edwards Bello que, en su juventud, escribió “El inútil”, gran novela, y que, después, ha abominado de todo para convertirse en un *croniqueur* al estilo de Gómez Carrillo o de Blanco Fombona... Les falta fuerza para seguir. Vea lo que les pasa. Llegan a cierta situación social o económica, y se quedan... Dejan de escribir. No son insobornables. Y la homeopatía literaria nunca ha dado frutos suficientes para inscribirse en forma definitiva en la literatura de un país. La posteridad selecciona de un modo distinto al del escritor. Víctor Domingo Silva y Augusto Thompson (d’Halmar) vivirán eternamente.

—¿Ha contado con amistades firmes entre los escritores?

—Antes la amistad era posible. Hoy ya no. Hoy cada uno es una islilla o un archipiélago... Cada uno hace su obra y la entrega al tiempo y a la esperanza. Un *archipiélago* sobrevive agrupándose con otros, arrojándose en la gremialización del espíritu. El que no pertenece a determinado grupo está condenado al ostracismo. Sólo se trata de hacer triunfar tendencias. En mi época recogíamos experiencias que estimulaban. Todo el mundo se ayudaba y había solidaridad.

—¿Alguna anécdota?

—Recuerdo una de esas que no es posible olvidar. Fíjese que cuando vino Blasco Ibáñez, ¡uh! se movió todo el mundo literario. Naturalmente, unos cuantos de nosotros lo conocíamos. Le organizamos una gran sesión en el Ateneo. Hablaba con verdadera pasión; era un narrador y un orador de primer orden. Se refirió a Isabel de Castilla, sin preocuparse para nada de la fidelidad histórica... Viajaba con un *manager* y la entrada se fijó en treinta pe-

sos, unos trescientos de los de hoy... Samuel A. Lillo lo presentó y le ofreció el homenaje. Mondaca leyó un poema que fué muy aplaudido. A continuación, Max Jara subió a la tribuna para leer un largo ensayo sobre Verlaine, el pobre Lelián. Miró al público. Sacó un buen fajo de carillas que emparejó golpeándolas de canto sobre la mesa. Al ver la cantidad de papeles, los oyentes se alarmaron un poco. La voz de Jara era fatigosa y las carillas leídas las colocaba al respaldo de las otras, de modo que el volumen se mantenía siempre igual. Esto acabó por impacientarse a la gente que hacía toda clase de manifestaciones adversas. Y Max Jara, como si nada, seguía con su galopito... De repente, se oyó la voz de Blasco Ibáñez: "¡Lea el final, hombre! ¡Hombre, que no ve usted! ¡Lea el final!" Desconcertado, Jara exclamó: "¡No leo nada, mejor!" Y se mandó a cambiar.

—Pobre Lelián.

—En seguida, me toca pararme a mí. Todo el mundo estaba ahí para ver y oír a Blasco Ibáñez, pero había que cumplir el programa. Y dije: "El cuento que debía leer en esta ocasión lo he reducido al mínimo. Juan estaba enamorado de María, pero era pobre. Se le atravesó Pedro en el camino y se la llevó, porque era rico... He dicho, señoras y señores". Hubo grandes aplausos, después de los cuales habló Blasco Ibáñez.

—De modo que su cuento se redujo a cuatro palabras...

—Días después, refiriéndose a lo del Ateneo, Blasco Ibáñez me decía: "Maluendito, créame que lo siento mucho, pero su cuento me ha despertado la curiosidad. Tiene usted que darme una copia".

Irradia entusiasmo el autor de "Escenas campesinas" cuando habla de literatura chilena y de su obra en particular. Se ve que el tema lo apasiona. Tanto es así que nos recalca, antes de retirarnos, que no sólo es el iniciador del cuento de bandidos.

—Otra cosa —agrega— en que soy pionero, dentro de la literatura chilena, es en el relato de gallinas.

—En efecto, "La Pachacha" es para muchos una pequeña obra maestra.

Y nos cuenta que la escribió en Chillán, que, leída por él en un gran acto literario, fué tal el efecto producido, por la crítica social involucrada en sus páginas, que las damas principales del lugar designaron una comisión para insinuarle que abandonara la ciudad. El forastero audaz, con la vara impertinente de su pluma, las había transformado en vulgares aves de corral... Eso era intolerable.

—¿Su doctrina, entonces? —le preguntamos para terminar.

—Nunca he perseguido nada. Ahí está mi doctrina.

A poco de realizada nuestra conversación volvemos a su gabinete para obtener una fotografía y aprovechamos la circunstancia para expresarle sorpresa ante el hecho de que no lo postularan para el Premio Nacional de Literatura.

—Cada vez que se ha sugerido mi nombre —nos explica— para alguna recompensa literaria, todos se han puesto de acuerdo en que Maluenda no necesita, por estar en buena situación... Así es como se reparten todos los premios... La verdad es que el Premio Nacional no lo necesito: económicamente no me haría más rico y nada me agregaría literariamente.

Sin darle mayor importancia, nos habla de nuevos cuentos que está escribiendo, de que en Argentina acaban de hacer una película de "Armiño negro", su novela última; de cómo durante la última guerra cierta empresa norteamericana se interesó por hacer "La Pachacha" en dibujos animados y que el negocio no prosperó porque le pidieron introducirle algunos gansos para poder darle a los alemanes su ración de sátira.

El fotógrafo dispara unas dos veces y de nuevo nos despedimos del escritor afortunado.

Maluenda se inicia con el simple relato campesino y contribuye a darle jerarquía estética. Luego clava su garra de escritor en asuntos de contenido y trascendencia sociales, para manejar más adelante el escondido mecanismo de las almas. Hitos del proceso señalado son sus inolvidables "Escenas campesinas"; "Los ciegos",

“Venidos a menos” y “La Pachacha”; “Confesiones de una profesora”, “Colmena humana” y “Armiño negro”.

No cabe duda de que acató el consejo de Rodó: “No se quede usted detenido . . .”

Sin embargo, el lector inteligente siempre se detendrá entre las robustas páginas de sus primeras obras.